

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



## PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
En provincias.	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,  
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,  
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN  
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

*Rasgos sueltos*, por D. Alfonso Llanos y Alcaráz.—*Cervantes*, poesía, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*A Cervantes*, poesía, por D. Constantino Gil.—*Las flores engalanan la naturaleza y recrean la vista*, por D. Salvador Costanzo.—*La mujer*, por D. Lorenzo Badioli.—*Guillermo Monci* (se continuará), por doña Rogelia Leon.—*El Sacrilego*, cuento (conclusion), por don Julian Castellanos.—*Revista de teatros*, por D. Leandro A. Herrero.—*Esplicacion del pliego de dibujos*.—*Variedades*.  
Pliego décimo del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.  
Pliego noveno de *Leyendas Granadinas*, por doña Rogelia Leon.

## RASGOS SUELTOS.

(PÁGINAS DE UN LIBRO INÉDITO.)

### UN MATEMÁTICO.

¿Veis ese individuo que camina solo, que habla y gesticula como un monómano, y que se detiene á veces para trazar en la arena algunas líneas con su bastón?

Mirad cuán raída está su levita, y en qué lastimoso estado se encuentra su sombrero.

En sus ademanes, en sus palabras y en su rostro se adivina al hombre que hace abstracción de cuanto le rodea.

¿Le veis? es un matemático.

Es una especie de sér humano que vive por casualidad.

No cabe duda que ha nacido, pero se ignora si su vida se debe al influjo del sistema decimal ó al de la tabla de Pitágoras.

Su parte intelectual es una máquina que discurre: su parte material es un lápiz que apunta: sus ropas, sus muebles, las paredes de su casa, la tierra que pisa son otras tantas pizarras que su lápiz emborriona.

Para él no hay otro mundo que el de las raíces y las potencias; no hay goce comparable al de resolver una ecuación difícil; no hay verdad posible sin la intervencion de sus cálculos.

Analiza lo que hace, cuenta lo que come, mide lo que piensa.

Su vida es una suma de eternos raciocinios; sus



goces un problema; su ilusion una incógnita; su esperanza la cuadratura del círculo; su corazon una cantidad negativa.

Vive con los signos, duerme con las reglas, sueña con los números.

Doquiera que haya un compás, allí está él.

Doquiera que digan *cero*, él responderá.

Se llama *X* á sí propio.

No es un hombre: es un guarismo.

Si algun dia llega á morir, bien pueden resucitarle: que escriban una ecuacion sobre su tumba, y él se levantará para resolverla.

#### UN PRESTAMISTA.

Su cara no se confunde con ninguna otra.

Desde lejos huele á pájaro de rapiña.

Presta cobre para tomar oro, y da percal á cambio de terciopelo.

En el vientre de su madre regaló la conciencia al diablo.

Su mano es una garra; su corazon una bolsa, y su alma una moneda.

Cuando alguien llama á la puerta de sus sentimientos, mete el alma dentro del corazon y cubre éste con la mano, formando así un cuerpo impenetrable.

En él se estrellan todas las súplicas, resbalan las lágrimas y se evaporan los suspiros.

Tiene la astucia de la zorra, el instinto del tigre y las costumbres de la hiena.

Por cualquier parte que se le toque produce un sonido metálico; de cualquier modo que se le analice, arroja cieno.

Un lazo le une á la sociedad: el interés.

Una muralla le separa del mundo: el egoismo.

Su vista, perspicaz como la del lince, descubre el leve zurcido en el paño de la ropa, el pelo imperceptible en el diamante, y la mezcla en el oro de la alhaja.

Jamás se equivoca haciendo cuentas; jamás titubea ni se engaña en el reconocimiento de una firma.

El diccionario no contiene para él más palabras que *préstamo*, *rédito*, *ganancia*, *compra*, *venta*, *empeño*, y otras equivalentes.

Nada hay más frio que su mirada, ni más diabólico que su sonrisa, ni más repugnante que su satisfaccion.

Por sus venas no corre sangre: corre plomo derretido.

En todo su sér no se ve jamás al hombre: parece un ochavo disfrazado de persona.

Al mirarle, consuela la idea de que en la otra vida hay un infierno.

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ.

Insertamos con mucho gusto las dos siguientes composiciones que han sido leídas con general aplauso en el Liceo Artístico y literario de Zaragoza en la sesion celebrada el 20 de Octubre actual.

#### CERVANTES.

España, á su bien estraña,  
Con el triunfo se adormía,  
Mientras la historia escribia  
En cada piedra una hazaña;  
El sol que sus glorias baña  
Plegó sus rayos brillantes,  
Y aquellos pueblos gigantes  
Á su luz acostumbrados,  
Contemplaron deslumbrados  
¡El nuevo *sol* de Cervantes!

Español y caballero  
Este sér privilegiado,  
Fué escritor, paje y soldado,  
Cautivo y alcaballero;  
Su nombre imperecedero  
Será siempre en nuestra historia  
La más eterna memoria  
Del ingénio sin segundo,  
Que viene á tener al mundo  
Por pedestal de su gloria.

Coloso de fortaleza  
En el dolor se mostraba,  
Y si su daño aumentaba,  
Aumentaba su grandeza;  
De la envidia la fiereza  
Jamás su altivez humilla,  
Y al fin, en Argamasilla  
Burla tan cruel azote,  
Y en el libro del *Quijote*  
El génio radiante brilla.

Loco á Cervantes llamaron  
Los que en su siglo vivieron;  
Los unos no lo entendieron,



Ni los otros lo estudiaron;  
 Muchos hubo que envidiaron  
 Su ingenio siempre arrogante;  
 Por eso cuando incesante  
*¡Atrás!* la suerte decia,  
 El pobre viejo se erguia  
 Gritando altivo: *¡Adelante!*

Y el manco se adivinó,  
 Y aunque en el sepulcro hundido  
 Su fama eterna ha vivido,  
 La de sus contrarios no;  
 El á su patria legó  
 De gloria caudal fecundo;  
 Por él con eco profundo  
 Decid á la gente estraña:  
*¡Plaza que siempre es España*  
*La primer nacion del mundo!*

¡Oh tú, sombra prodigiosa  
 Que muerta vives y huellas  
 Esa bóveda de estrellas  
 En la noche silenciosa!  
 Ya satisfecha reposa,  
 Nada la patria te debe,  
 El mundo es espacio breve  
 Para tus luces brillantes.  
*¡Gloria á Miguel de Cervantes!*  
*¡Gloria al siglo diez y nueve!*

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

## Á CERVANTES.

Á cualquiera que pase por la calle,  
 Sea del sexo bello ó del horrible,  
 Á la primera humanidad visible,  
 Lo que voy á deciros preguntalle:

¿Conoceis *El Quijote*? y al segundo  
 Os contará su peregrina historia.  
 ¡Qué he de decir para cantar la gloria  
 De un libro que conoce todo el mundo!

CONSTANTINO GIL.

## LAS FLORES ENGALANAN LA NATURALEZA

Y RECREAN LA VISTA.

Las flores son el símbolo de la juventud en su brillo y lozanía; y cuando brotan é irguen la cabeza sobre su tallo tierno y flexible, son la imágen seductora de la vida en todo su candor y en toda su angelical inocencia.

Lo que hay en la naturaleza de más puro, de más suave y de más esquisito está simbolizado en las flores. Si se habla de una casta doncella, cuya vida modesta y ejemplar inspira veneracion y respeto, se dice que sabe guardar la flor de su *inmaculada virginidad*: á un hombre de costumbres severas y conducta irrepreensible se le da el epíteto lisonjero de *flor de honradez*. Si se habla de un vate, cuyos versos despiertan admiracion y entusiasmo, se califican sus obras de *flor de poesia*: si se quiere ponderar el mérito de un orador, se dice que en sus arengas se encuentran las *flores más escogidas* de la verdadera elocuencia.

Coronas de rosas, lirios y jazmines ciñen las sienas de las pastorellas; coronas de mirto adornan la cabeza de los ciudadanos que se han distinguido por virtudes patrióticas; los ilustres capitanes, los héroes esforzados, los vates, llevan coronas de inmarcesible laurel. Las flores, compañeras inseparables de la vida del hombre, engalanan la cuna del recién nacido; y otras flores de color oscuro dan un aire doloroso y triste á los sepulcros que encierran los despojos mortales de nuestros antepasados, y mecidas por los céfiros, parecen recordar con sordo murmullo las virtudes de los ilustres difuntos, sus hazañas gloriosas, sus hechos más memorables.

Dulces y amadas flores producidas por la naturaleza en los momentos de apacible alegría y suave sonrisa; cuando os contemplo, recreais mi vista, y el olor que exhala de su cáliz la rosa, vuestra reina, me trae á la memoria estos versos delicados, que el insigne vate Juan María Maury hace pronunciar á una florista ciega.

Caballeros, aquí vendo rosas:  
 Frescas son y fragantes á fé;  
 Oigo mucho alabarlas de hermosas:  
 Eso yo, pobre ciega, no sé.  
 Para mí ni belleza ni gala  
 Tiene el mundo, ni luz ni color,



Más la rosa del cáliz exhala  
Dulce un hálito aroma de amor.

El delicado y voluptuoso Anacreonte, hablando de la rosa, se espresa en esta forma:

La rosa es gala y honra de los prados:  
Es la rosa tan bella,  
Que es ojo del jardín, del llano estrella,  
Regalo del olfato y de la mano;  
Joya que más estima primavera:  
El deleite del cielo, es de manera  
La rosa, y es tan blanda su belleza,  
Que enlaza Amor con ella su cabeza  
Cuando en los corros de las Gracias danza

(Trad. de CANGA ARGUELLES.)

Hablando de su origen dice así:

Con el verano alegre,  
Que es padre de la flores,  
Casemos á la rosa,  
Que es ámbar de los dioses.  
.....  
.....  
.....  
.....  
Cuando con las espumas  
Mezclados los vigores  
Parieron á la Vénus  
Tan dulce como dócil,  
Y el curado cerebro  
Del soberano Jove  
A Palas, que preside  
Armado entre escuadrones.  
Del seno de la tierra  
Nació la rosa.....

(Trad. de VILLEGAS.)

¡Oh! las flores han dado alas repetidas veces al númen de los mejores vates, inspirándoles comparaciones, alegorías y arranques, ya patéticos y suaves, ya sublimes. Los breves pasajes que vamos á transcribir nos ofrecen un claro testimonio de ello.

«Como las florecillas oprimidas y cerradas por los hielos nocturnos, tan luego como el sol las dora virguyen la cabeza y se abren sobre su tallo, así mi espíritu fatigado cobró fuerza y valor.»—*Dante*.

«¿Puedo olvidar las flores, gala de la naturaleza; las flores, su más dulce cuidado; las flores, cunas de los frutos?»—*Delille*.

«¡Dichoso el que pueda sembrar los senderos de

la vida con las flores del sentimiento y con las del «géniol»»—*Demoustier*.

«La verdad envuelta en poéticas flores, seduce y sujeta los corazones»—*Colec. anon.*

«¿Quién cantará vuestra virtud guerrera? ¿Quién «derramará flores sobre vuestra tumba?»—*Voltaire*.

«El bello sexo en otro tiempo tomaba la fina flor de la caballería en sus galanteos.»—*La Fare*.

«He perdido en la flor de sus años seis hermanos; ¡qué esperanza para un ilustre solar!»—*Racine*.

«Apenas sombrea su rostro encantador el tierno «bozo, flor de la primera edad.»—*Fayolle*.

Las flores respiran siempre inocencia, dulzura y delicadeza de afectos: hablando de un casto y santo himeneo, ¿no decimos que las cadenas de dos amados cónyuges están entretnejidas de lirios y rosas?

A orillas del Danubio vivían en una cabaña, asilo de inocencia y amor, una casta virgen y un jóven, que con ternura la amaba: estaban próximos á enlazarse al pié del altar. Un día, al parecer sereno, se encapota muy de repente el cielo; una gran tempestad agita los aires; arrecian los vientos; agolpadas nubes descargan una destemplada lluvia; el Danubio sale de cáuce, y los dos amantes mueren ahogados en las aguas del alevoso río. Al cabo de un corto número de días brotó en aquellos parajes una flor amarillenta y lánguida: los campesinos la llaman hoy *Flor de la triste reminiscencia*.

¿No se da en el lenguaje más ordinario y comun el nombre voluptuoso de *Nuevo eden* á los vergeles poblados de árboles frutales y sembrados de flores? En Italia se brinda con ramilletes y guirnaldas á los desposados, y se regalan flores á las señoras en el día solemne de sus cumpleaños.

Los antiguos egipcios, despues de haber iniciado á sus neófitos en los grandes misterios de la Diosa Isis, los llevaban á un ameno paraje, alfombrado de yerbas y flores. Allí descubrían á lo lejos una multitud de sombras, cubiertas de blanco lienzo, y entonces el sumo sacerdote, que se llamaba *Jerofante*, los decia: «En este lugar, oculto al vulgo profano, viven eternamente los espíritus de los bienaventurados: estas flores son el símbolo de su pureza é inocencia. Aquí os espera la Diosa Isis: disfrutad con anticipacion de este ameno espectáculo.

En las primeras edades del mundo, que los vates llamaron *siglo de oro*, y que Cervantes describe con elegancia y simplicidad admirables en el discurso que el protagonista de su inmortal novela dirige á



los sencillos cabreros; en estas edades, las tradiciones más remotas nos confirman de consuno que los Patriarcas ofrecían al Sér Supremo, en testimonio de su mucha religiosidad las primicias del campo: las ofrendas de yerbas, frutas y flores más selectas que entonces producía la tierra, precedieron á los sacrificios cruentos; y cuando estos comenzaron, las víctimas se llevaban siempre al templo coronadas de flores, que exhalaban esencias olorosas. La sangre de los animales sacrificados, que bañaba los altares; la nube cenicienta del incienso que se quemaba en honor del Dios Eterno; las flores que adornaban la cabeza de las víctimas, daban un aire de augusta solemnidad á los sacrificios.

La magnífica Babilonia no adquirió únicamente lustre por sus cien puertas de duro bronce, por el gran templo de su dios Belo, por las prodigiosas conquistas de Semíramis, sino también por sus jardines pensiles, sétima maravilla del orbe.

¡Ah! Las flores, os lo repito niñas hermosas, son el símbolo de vuestra inocencia: transmitid esta joya de la vida á vuestros hijos cuando seáis madres, para que puedan decir, adornándose las sienes con las flores que engalanan la naturaleza: «Estas son el símbolo y la alegoría de los sentimientos puros, inocentes y castos que nuestras madres inocularon en nuestros tiernos corazones: herencia preciosa que nosotros queremos transmitir á las generaciones futuras.»

SALVADOR COSTANZO.

## LA MUJER.

Aquel Dios pródigo, cuya inmensa bondad inagotable vela sobre todo lo creado, desde la estrella más grande hasta el más imperceptible átomo de polvo; que en el cáliz de las flores encierra el balsámico alimento para las abejas industriosas; haciendo al hombre el don más precioso, creó la mujer, en cuyo corazón depositó el más solemne, el más sublime amor. Él coloró de hermosura su frente angelical; dibujó sobre sus labios la divina sonrisa; fijó en sus ojos la mirada profunda y seductora; inundó toda su persona de gracias y de encantos; armonizó en su voz, como una sagrada lira, un canto inefable que resuena cual eco melodioso del cielo en nuestra fría y melancólica noche, y depositó en su corazón un tesoro, de donde el amor brota á torrentes, siempre límpidos y puros.

Dios la formó, no de tierra, sino de la carne del hombre, para demostrar que hacía una obra la más perfecta; y cuando con su escelsa mano hubo concluido de formar aquella criatura tan noble y bella: Vé, la dijo: sé la compañera y consejera del hombre en su terrestre peregrinación, adorna su vida de felicidad, haz más dulces sus placeres, menos amargos y profundos sus dolores: ¡que él te encuentre siempre en tu camino para bendecirte como amante, como esposa, como madre y como hija...!

Y esta divina criatura, esta elegida del cielo, fiel á la recibida misión, se afana de continuo en derramar consuelos sobre los corazones que un destino adverso llena de abrojos.

Ella guarda para calmar nuestras amarguras un bálsamo consolador, un dictamen vital; en los rayos de su alma propicia enciende el fuego con que ilumina nuestros pensamientos, y su seno, que provee al niño con una copa de vida, es para el hombre el apoyo sobre el cual olvida sus penas.

Aparece una aurora serena, y la mujer conducida al altar del himeneo, placentera y cándida de corazón como de atavío, proclama por su vencedor al hombre, ante Dios y los demás hombres, y en sus manos depone su fé, su vida, sus pensamientos.

¡Santo y bendito es aquel día en que el hombre vé de repente cambiarse en un Edén de paz y de amor el árido desierto; la llanura salvaje, en donde solitario vivía, y su corazón, antes vacío, triste é incompleto, se llena de júbilo, hallando la más querida parte de sí mismo que le faltaba!

¡Y estos dos seres protegidos por una misma égida, se nutren de fé y de amor, mientras atraviesan juntos los ásperos senderos de la vida!

LORENZO BADIOLI.

## GUILLERMO MONCI.

(Continuación.)

—Mira, Teresa: ni mi cuerpo ha temblado en las batallas, ni mi corazón ha gemido en los hospitales, ni mi alma se ha separado nunca de la fé; pero si tú me faltases, ¡ángel mío! dudaría de todo, y dejaría que se rompiera mi corazón.

—¡Padre! ¡padre!.... ¡No habéis así!.... Dios lanza sus rayos de justicia ó de prueba sobre los seres que más ama en el mundo, y los seres deben acatar y bendecir lo que viene de allá arriba.



—¡Bendita seas! dijo el anciano estrechando contra el pecho á su hija y besando su pálida frente.

La niña se estremeció: los labios de su padre estaban secos y fríos como los de un cadáver.

El infeliz no había tomado alimento en todo el día.

—Padre, dijo Teresa tomando su mano; ¿podeis andar hasta allí abajo? En la casa grande nos darán pan.

—¿Tienes hambre, Teresa?

—¡Tengo deseos de que vos comais algo, padre mio!

—El viejo no necesita mas que reposo.

¡El hijo del que defendió en Italia hasta morir los Estados de Toscana, Placencia, Nápoles y Parma, bebió al nacer valentía para todo, mi pobre Teresa!

—¡Oh! ¿Cuándo vamos al país de mis abuelos, padre mio?

—Yo no soy ya italiano; soy español, puesto que aquí derramé mi sangre gustoso.

La hija de mi corazón es española. Aquella santa que murió, lo era también, y yo reclamo mi hogar en el cementerio donde descansa mi esposa.

—¡Padre mio! ¡padre mio! ¿Vos no podeis bajar por esa pendiente hasta llegar á la casa grande?

—Es una cuesta terrible! dijo la niña. Y se sentó á llorar sin que su padre pudiese percibir aquellas silenciosas lágrimas.

—Envía á Marcial, y que avise allá abajo de que hay aquí dos seres desgraciados que necesitan socorro.

—¡Es verdad! ¡Venid, venid, padre mio! Sentaos ahí en esa pequeña colina. ¡No os movais! ¡No os movais, por Dios!

Marcial y yo bajaremos.

—¡Tú no, Teresa! ¡tú no! ¡Podrías despeñarte; caer al precipicio! ¡Oh qué horror! ¡Y yo quedarme aquí solo! ¡Solo y moribundo de angustia y desesperación!

—No tengais miedo, padre mio. No hay precipicio ni derrumbadero por aquí.

—¡Pues entonces, bajaré yo también!

Yo he bajado murallas terribles; he saltado fosos de inmensurable anchura; he derribado artilleros con un pico y mi fuerza gigantesca: ¡y quieres que tema ahora una pendiente cualquiera!...

Y el infeliz ciego se incorporó, dió un salto hacía adelante con energía, y cayendo sin fuerzas, exclamó casi llorando:

—¡Luz, padre mio! ¡Luz para mis ojos, que solo ven oscuridad y muerte!

—¡Tranquilizaos, padre mio! ¡Tranquilizaos! exclamó Teresa arrojándose al cuello de su padre y besándole con ternura.

¡Sentaos ahí á descansar, mientras Marcial y yo vamos á la casa grande, donde la caridad nos dará alimento y consuelo á la vez!

—Me temo que bajas y subas diciéndome que te han despedido con crueldad.

—¡Eso no es posible, padre mio! ¡Si me niegan el socorro, me lo negarán diciéndome *«que perdone por el amor de Dios!»*

—¡Bendita sea tu confianza sagrada! dijo el anciano enternecido, y estrechando las manos á su hija la dejó partir.

—¡Marcial! dijo, ¡ve con ella! ¡Acompáñala bien! ¡Defiéndela si es preciso! Tú eres viejo como yo; pero ves y olfateas mucho. ¡No te separes de su lado.

¡Vuelve al momento con ella!

Marcial oyó á su amo mirándole fijamente, echó las manos sobre sus rodillas, lloriqueó como un niño que despide su madre con severidad y por alguna travesura que ha hecho, y mirando alternativamente á la joven que se iba y al ciego que se quedaba, pareció titubear. Avanzó hácia uno, corrió hácia otro. Gimió, lloró, suplico, tiró del capoton raído al pobre viejo para llevarsele también: agarró con sus agudos dientes la rota saya de la niña, pugnando por arrastrarla hasta su padre, y se vió claramente en sus acciones mudas y espresivas que quería decir:

—¡No os separeis! ¡No os separeis de ningún modo!

Pero la niña corría por la cuesta, y el ciego se tiraba llorando en el suelo, y diciendo con el mayor fervor:

—¡Sea ella feliz algun día, aunque su padre muera triste y solitario en cualquier rincón del mundo!

¡Pobre Marcial!

## II.

Teresa corría como si fuese á despeñarse por aquella pendiente, que era árida y pedregosa en extremo.

Sus piés descalzos se enrojecían de sangre con los guijarros; su pecho se oprimía y se ahogaba, entre cortando su aliento la vista de un río que corría á la derecha en lo profundo del valle, y de una alta



sierra de granito que se elevaba á la izquierda, como queriéndola sepultar bajo su maciza mole.

Allá á lo lejos, en otra sierra vecina, los pastores descendían también con su ganado.

A la falda de esta bajada peligrosa había una extensa arboleda, y como era la caída de la tarde, rezaban sus oraciones, modulando una armonía estrañña y ruidosa, los jilgueros, los pardillos, las alondras, los verderones, los reyezuelos, los gorriones y demás pajarillos que por el día habían volado en el espacio. En cambio los abejarucos, las chicharras y los moscardones se escondían en sus rendijas misteriosas, aguardando la salida de otro sol para atormentar á los viajeros con su ruido monótono y pesado.

Teresa miraba y oía este conjunto de voces que se alza en los campos más solitarios para decirle al caminante que en todas partes existe el sér, y que no hay naturaleza posible sin vivientes, ni espacios sin armonía, ni soledad sin vecinos, ni tierra sin habitantes.

Cuando la niña llegó á la mitad de la cuesta, su perro había bajado ya y subido dos veces por ella.

El pobre animal tiraba de su saya, queriendo sin duda ayudarla en tan fatal camino; pero ella le intimó la órden de que se fuese delante, y el pobre animal obedeció, no sin mirar alternativamente al viejo militar que había quedado en lo alto, y á la niña, cuya respiración fatigosa revelaba lo que sufría con su cansancio y agitación.

—¡Allí! ¡Marcial! ¡allí! ¡Ve y pide pan para tu ama! dijo la niña á su perro, señalando la casa grande, que estaba situada en un precioso vallecito.

La portada era magnífica, y en la calle de entrada, que estaba hecha con un precioso arrecife de finísima arena, había delicadas flores cuyo perfume embriagó desde lejos á la niña.

—¡Y me creo pobre, dijo, cuando estos aromas divinos los reparte Dios á sus más infelices criaturas!

¡Yo pobre, y tengo ante mi vista ese campo, esas arboledas, esas flores y esos arroyos de agua, que acaban de mitigar mi sed!

¡Pobre, mientras hay caridad en el mundo, mientras dentro de pocos instantes iré á llevarle al padre de mi alma, que me aguarda en la colina, lo necesario á prolongar su existencia preciosa!

¿Por qué se creen pobres los que piden limosna, si en ello imitan á su Dios, que la pidió por nosotros?

Además, una hija que pide para su padre no puede ser oída con menosprecio ni burla.

¿Quién desatenderá los ruegos de mi corazón?

¿Quién le negará su amparo á la hija del bravo militar Guillermo de Mònci?

Y diciendo esto, la pobre Teresa levantaba su frente al cielo, y después miraba al buen viejo, que colocado en la más alta peña, aguardaba con ansiedad.

Un llanto de entusiasmo y esperanza brotó de los ojos de la niña enferma.

Y como la esperanza es la vida del sér, sus ojos se reanimaron, sus labios se tiñeron de púrpura, y una sonrisa celestial animó su semblante.

Entonces detuvo su carrera, miró el valle con alegría, y distinguiendo una rústica casita á espaldas de la grande, dijo con viveza infantil:

—¡Oh quién tuviera ese albergue precioso para mi padre! ¿Quién viviera allí con él y mi viejo Marcial, que tanto nos quiere!

Pero viendo que era una locura soñar con lo que era imposible le perteneciese nunca, exclamó:

—¡Marcial! ¡Marcial! ¡corre! ¡corre y pide una limosnita por Dios para tus pobres amos!

Y al decir esto, buscó á su perro con afán; y como no le viera, dijo precipitándose á bajar la cuesta:

¿Dónde te has ido, amigo mío?..... ¿Me vas á dejar sola por estos campos?

Más al punto recordó que le había enviado á la casa grande, y que allí estaría aguardándola; pero cual fué la sorpresa de la infeliz niña cuando vió en el bosquecillo un hombre armado de una escopeta y amenazando á Marcial que ladraba cerca de él.

La niña dió voces, pero no la oyeron: entonces casi se arrojó desde la pendiente al valle.

Sus sueños y su sonrisa huyeron, á la vez que su color sonrosado, y dando una carrera terrible, se lanzó á defender á su perro que aquel hombre no entendía, y que, sin embargo, le estaba diciendo con la expresión más tierna del mundo;

—¡Subid allá arriba, y bajad á mi amo! Es viejo, y tiene una hija tan buena como él; y los tres nos morimos de hambre!»

¿Cómo no comprendió aquel hombre rudo y cruel, que el perro hablaba en vez de embestir, y que teniendo hambre suplicaba, pudiendo internarse en la casa y robar para satisfacerla?

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.



## EL SACRÍLEGO.

## CUENTO DEL SIGLO XVI.

ESCRITO POR JULIAN CASTELLANOS.

(Conclusion.)

El de Silva arrojó sobre todos una mirada de desprecio, y se lanzó á la calle, pero al repasar el umbral una detonación terrible asordó el viento, y un rayo, hendiendo el espacio, se vino á sepultar á sus plantas.

D. Diego lanzó un grito angustioso, abandonó á la jóven, y llevándose las manos á los ojos exclamó con acento desesperado: ¡luz! ¡luz! ¡luz!

Las personas que estaban en la iglesia se precipitaron á la calle, y un espectáculo horrible se presentó á su vista: la jóven yacía en el suelo desmayada, y el de Silva, con el semblante horriblemente contraído, los ojos negros y sangrientos, el cabello erizado, golpeábase contra las paredes tendiendo sus brazos al acero, gritando: ¡luz! ¡luz! ¡luz!

El rayo le había abrasado la vista.

¡Estaba ciego!....

El tormento del borceguí

## VIII.

Han transcurrido algunos meses desde los últimos sucesos, y la suerte de los principales personajes de nuestro cuento ha sufrido una gran trasformacion.

Doña Luz, sorprendida con la repentina presencia del hombre á quien amaba tanto, en el momento que hacia el sacrificio de renunciar á él para siempre, cayó desmayada, como ya sabemos, presa su alma de indecible agonía; y, aunque á fuerza de sales y espíritus cobró la razon, aquella escena, despertando en su mente sus muertas ilusiones, abrió en su pecho una herida incurable.

Su existencia deslizóse desde entonces en medio de las más acerbos penas, y su naturaleza, trabajada por esa terrible enfermedad que mina y destruye las constituciones más robustas, fuese debilitando poco á poco, hasta exhalar su último suspiro.

La tisis acabó con aquella pobre jóven, tan hermosa como desgraciada.

D. Diego de Silva, ciego, quedó á merced de sus enemigos, entre los cuales figuraba el inquisidor á cuyo sobrino arrancara la vida, quien no desperdició la ocasión de vengarse.

Así es que los familiares del Santo Oficio apode-

raronse del desgraciado caballero, y los calabozos de la Inquisicion, de aquel maldito tribunal que oprimia el alma y achicharraba el cuerpo, encerraron en sus muros, esmaltados con la sangre de mil inocentes, una víctima más.

El de Silva, turbada la razon con el terrible golpe de verse privado de la vista, no acertó á darse cuenta de lo que sucedía, hasta que los dolores agudísimos del tormento á que le sujetaron le hicieron recordar el terrible estado á que se encontraba reducido.

Una desesperacion inmensa apoderóse de su alma, y con un arranque propio de su natural fiero, trató de apartar de sí á sus verdugos; pero su intento fué inútil, pues hallábase atado fuertemente; una mordaza cerraba sus lábios; el borceguí oprimia sus ensangrentados piés, y el verdugo, obedeciendo las órdenes de los familiares, introducía nuevas cuñas, avivando más y más los dolores del paciente, á fin de arrancarle de aquella manera su declaracion.

D. Diego no pudo resistir más tan terrible prueba, y deseando solo acabar de padecer, confesó cuanto sus atormentadores quisieron que confesara.

Culpable era; pero si su corazon estuviera exento de toda culpa, si su conciencia no empañase el más leve remordimiento, el de Silva hubiérase declarado reo, hubiérase confesado autor hasta de los más atroces crímenes, con tal de no sufrir por más tiempo aquella agonía, más dura cien veces que la misma muerte.

¡Á cuántos habrá arrancado el tormento confesiones de esta naturaleza!

¡Cuántos inocentes se habrán declarado reos por ahorrarse sufrimientos tan atroces!

Se estremece el ánimo al recuerdo de tan bárbaras escenas, y el corazon palpita indignado al considerar que en la mitad del siglo xix, en una época en que las ideas del derecho y de la justicia se encuentran grabadas en todas las conciencias, las pasiones políticas cieguen tanto á ciertos hombres, que les arrastran á defender los actos de un tribunal cuyos anales destilan sangre de todas sus páginas, y á quien condenan de consuno la razon y la historia.

Un auto de fé.

## IX.

Quien hubiera visto el gentío que se apiñaba en



las calles y plazas de Toledo en la mañana del día 7 de Abril de 1558, creeria de seguro que una gran festividad, uno de esos acontecimientos que tienen el privilegio de despertar la atencion general de un pueblo y atraer á su recinto los habitantes de las villas y aldeas comarcanas iba, á celebrarse en la antigua corte de los godos.

Pero no era esa la causa de aquella gran concurrencia; lo que traía allí tan inmensa muchedumbre era el deseo de asistir á uno de los espectáculos con que el Santo Oficio sabia recrear de continuo la vista de aquella generacion fanática.

Se iba á celebrar auto de fé; íbase á encender el horno de la Vega, y los pueblos inmediatos habian sido convidados con algunos dias de anticipacion para venir á presenciar la fiesta y extasiarse ante el edificante y cristianísimo espectáculo de una chamusquina.

En medio de la plaza de Zocodover habianse erigido dos tabladitos: uno para los jueces y otro para los reos, á quienes se les condujo allí vestidos con sambenitos amarillos, en que estaban escritos sus nombres; corozas en las cabezas, y las manos atadas.

Eran estos cuarenta y dos, entre los cuales veíanse al infortunado D. Diego de Silva, á «un canónigo de Toledo, clérigo de misa, del cual se dijeron en su proceso cosas abominables de herejías que habia fecho; é confesó por el tormento, que quando celebraba, en lugar de pronunciar las palabras de la consagracion, decia: *sus periquete, que os mira la gente.*»

Además, veíanse tambien dos mujeres, convictas y confesas de herejía, y «treinta y ocho hombres de Herrera y la Puebla de Alcocer á quienes se acusaba de haber embaucado en aquel pueblo á una jóven de quince años, la cual decia que hablaba con ella el Mesías y la subia al cielo.»

Gran semejanza encontramos en este suceso con algun acontecimiento contemporáneo, cuyos principales autores, decididos paladines de las antiguas tradiciones, reflexionar debian la suerte que les esperaba si sus aspiraciones llegasen á realizarse, y el santo tribunal se mostrara con ellos tan severo como con los pobres vecinos de Herrera.

Á más de las personas susodichas, debian tambien ser entregadas al fuego las estatuas de diez y ocho individuos muertos en opinion de herejes, cuyos huesos, estraidos de las iglesias en que recibieron

sepultura, hallábanse dispuestos para ser calcinados (1).

Leídos que fueron los procesos y publicadas las sentencias, los jueces, los reos y el pueblo empezaron á descender á la Vega, en donde el brasero estaba preparado.

Era este un espacio rectangular hecho de tapias de cal y canto, que se alzaba como á un tiro de pistola de las ruinas del circo Máximo, y en cuyos despedazados restos recordamos haber jugado en nuestra niñez: hoy, por ventura, no quedan ni huellas de aquel padron maldito de ignominiosa memoria.

Ya iba á darse principio al acto, y la inmensa muchedumbre, poseida del más asqueroso fanatismo, llenaba de insultos y dicterios á las víctimas, quando D. Diego, prefiriendo arrancarse la vida antes que sufrir los horrores de la hoguera, llevóse á los labios un cintillo de diamantes que ostentaba en su mano derecha, y oprimiéndole con los dientes, hizo girar una de las piezas de que se componia, y apuró una gota de un liquido verdoso depositado en una pequeña cavidad.

Ni el efecto del rayo era más rápido, más instantáneo que la accion aquel veneno, de que le regalara cuando estuvo en América un cacique amigo suyo, gran conocedor de la virtud de ciertas plantas; así es que, tan pronto como sus lábios gustaron la mortífera sustancia, cayó en tierra, y los familiares que acudieron á sostenerle levantaron solo un cadáver.

Este fué el trágico fin de aquel hombre, á quien sus vicios y la vehemencia de sus pasiones pusieron en tan terrible situacion.

Los malos siempre son desgraciados, como dice Cervantes.

.....

Desenlazado ya nuestro cuento, rogamos á nuestros lectores nos dispensen el que no acabemos de señalarles el auto de fé, porque nuestra pluma se resiente de seguir describiendo las sangrientas escenas cometidas por un estraviado fervor religioso, ó, mejor dicho, por un ciego y lamentable fanatismo.

(1) Los datos de este auto de fé los tomamos, aunque alterando la fecha de su celebracion por convenir así el plan de nuestro cuento, de Sebastian de Orozco y Palomares, cuyas noticias sobre los hechos de la inquisicion de Toledo no pueden leerse sin horror.



## REVISTA DE TEATROS.

## ALBUM DE LA VIOLETA.

## LA AFRICANA,

ÓPERA PÓSTUMA DEL MAESTRO MEYERBEER.

Después de haber asistido algunas noches á las representaciones de *La Africana* en el Régio coliseo, vamos á emitir imparcialmente la opinion que nos ha merecido, no sin declarar con anticipacion que nuestra competencia en la crítica musical es muy limitada para que abriguemos la pretension de enunciar un juicio irrefutable. En este concepto, las líneas que vamos á escribir no son más que una reproducción sencilla y gráfica, por decirlo así, de las impresiones que nos produjo el *spartito*, impresiones susceptibles de ser apreciadas por los profanos al divino arte, si por ventura no son insensibles á sus grandes escelencias.

Ocasión era esta de consagrar al génio colosal de Meyerbeer algunos recuerdos; pero la fama de su nombre es tan universal; la grandeza gigantesca de sus concepciones es tan conocida, que sería inútil de todo punto hacer aquí una digresion para conmemorarlas: baste decir que el célebre maestro berlinés ha sido en este siglo el que ha cultivado con acierto más felicísimo el drama lírico ó epopeya musical, portentoso esfuerzo del génio, maravillosa combinacion de las escuelas italiana y alemana, para cuyo desempeño tienen que asociarse en gentil consorcio la imaginacion, la sensibilidad y la razon; lo verdadero y lo ideal; lo fantástico y lo real, formando armonioso concierto, y acomodándose en todo al buen gusto y observancia fiel de los preceptos del arte.

La sola enunciaci6n de este género pone de relieve sus dificultades y evidencia positivamente cuán poco se presta á ser cultivado por las medianías, y aun por otros talentos de orden más superior, razon por la cual han pasado desapercibidos los ensayos de muchos de sus innumerables admiradores que no pudieron nunca llegar á la meta de su perfeccion. Solo á Meyerbeer, repetimos, estuvo reservado el incomparable privilegio de sobresalir en este género, y alentado por su noble y fecunda inspiracion, lanzó al mundo firlamónico sus colosales poemas, entre los cuales merecen sin duda preferencia *Il Crociato*, *Roberto el diablo*, *Los Hugonotes* y *El Profeta*.

Hablemos de *La Africana*.

Así como la posteridad no se conformó con el juicio del gran Cervantes sobre sus trabajos de *Persiles* y *Sigismunda*, que prefirió á su libro inmortal de caballerías, creemos que no se conformará tampoco con la importancia que el maestro berlinés dió á su última obra. *La Africana*, aunque hermana gemela de *Roberto* y *Los Hugonotes*, en nuestro humilde concepto no alcanza á su talla, pudiendo decirse que es, relativamente á aquellas, el vástago débil, enfermizo y de complexion más irregular de la familia.

Los inteligentes esplican esto alegando que la ópera póstuma de Meyerbeer adolece de no tener una belleza sostenida ni una inspiracion siempre á la misma altura, y además de encontrarse en ella reminiscencias de otras obras suyas é imitaciones de las de otros maestros. Respetamos este parecer, pero creemos que la inferioridad de *La Africana* no se deriva principalmente de esas causas, que son secundarias, y que al lado de sus bellezas podrian sin violencia tolerarse: otra es la razon de la no completa superioridad de la obra, y vamos á probarlo.

El arte, ó sea la pintura ó manifestacion de la belleza, depende de leyes inmutables, casi eternas, independientes del tiempo y del espacio, tan relacionadas entre sí, que la alteracion de una sola cambia la armonia del conjunto, y por lo mismo no puede realizarse la formacion del ideal perfecto. Es el arte crisol donde se depura la belleza, y esta tiene su cuna en la naturaleza, que la da el sér y la amamanta á su regazo, de tal manera, que ambas á dos vienen á ser como madre é hija; y así como en el mundo que habitan los hombres es el tipo más acabado y perfecto del ideal de la familia, aquel en que los padres y los hijos aparecen más identificados en cualidades físicas y morales, así en el mundo del arte es modelo más perfecto de la belleza ideal aquel cuyas proporciones se ajustan más á las sencillas magnificencias de la madre naturaleza, verdadero manantial de luz y de hermosura, cuyos raudales son inagotables.

Rindiendo culto á esta facilísima teoría ha sido como los grandes ingénios han asombrado al mundo con sus gigantescas concepciones; profesándola, dieron á luz los poetas dramáticos sus obras magistrales; los pintores sus colosales lienzos; los músicos sus armoniosas partituras; y á ella, en fin, deben todos los artistas su inmortalidad.



Recordamos haber leído, no sabemos dónde, que el gran Bellini se llevaba años enteros desechando libretos, y que nunca ponía la pluma en el pentagrama hasta haberse asegurado de la bondad del que había de traducir al hermoso idioma de la música. Comprendemos bien la razón de esta escrupulosidad, y á no haberla observado fielmente Meyerbeer se debe que *La Africana* no haya sido una ópera de primer orden, en el sentido recto de la palabra.

Así es en verdad: el libreto que ha servido al maestro berlinés para la combinación de su partitura, mas que obra del fecundo Scribe parece un aborto ético y trasnochado de un mamarrachista francés, de esos que nos atormentan incesantemente con las elucubraciones de su musa pedestre y desarraçada. No es un delirio, es una barbaridad dramática. En ella aparecen indignamente sacrificadas todas las conveniencias; escarnecida la historia; menospreciada la verdad; degollado el arte; anulados los caracteres; ó lo que es peor, espuestos á la vergüenza. Allí nada se justifica, nada se razona, nada se define; todo aparece informe, monstruoso, desaliñado; espantosa panacea de absurdos y de situaciones inconcebibles; verdadero cajón de sastre; mesa revuelta, ó confusión babilónica, cuyos detalles ofenden á la vista, produciendo á la vez lástima é indignación.

Vasco de Gama, protagonista de la obra, no es aquel bizarro caballero lusitano tan ponderado en las historias, émulo de Colón, gloria de su época, que se lanza en un pobre bajel al Océano, vence al huracán en el cabo de Buena Esperanza, y clava la enseña de Cristo en las regiones ardientes del Ecuador: es un baladron de charpa, un perdonavidas, un chispero que hace viajes de recreo en el Océano con una india; que se enamora de ella, que se casa con ella; bebiendo de rodillas ante el sacerdote de Bracma, el cristiano y caballero, la copa de los matrimonios; y que por último, abandona á la india con refinada crueldad y bárbara indiferencia para volver á Europa con su antigua novia.

Sélika, reina de Madagascar, no es una mujer salvaje que domina sobre un pueblo pobre y miserable, antes de haber penetrado en él la aurora de la civilización: es una coqueta de los trópicos, una *viollette* del Africa, una parisiense descocada, que se presenta en su palanquin de concha, obra maestra del tallado, que tira la casa por la ventana por complacer al espectador, y que para aturdirle se vale

del maquinista, del pintor y del sastre, los cuales se encargan de enseñarle palacios como los de las *Mil y una noches*; jardines como los de Armida, y una corte de sacerdotes, guerreros y bayaderas; cuyos adornos más despreciables son la seda, el tisú, los brocados, las gasas, las plumas, la plata bruñida, con otros accesorios curiosos que completan la *toilette* de los salvajes, quienes, á decir verdad, no nos hubieran ya causado extrañeza vistiendo de levita ó frac, como previene la etiqueta moderna.

Nelusko es el carácter mejor delineado de la obra, y aun así, no contribuye más que á hacer resaltar doblemente la exigüidad de la figura de Vasco, sus mezquinas proporciones, su ruindad y la bobera que le distingue.

Digámoslo de una vez; el lujo que ha desplegado la empresa en la presentación de esta obra, lujo inusitado, fastuoso y redundante, que sin embargo, acredita esfuerzos laudables, solo ha servido para hacer más saliente su inverosimilitud, para dar mayor realce á la impropiedad, ó prestar mayor belleza á la mentira, cosas que nos parecen muy tontas, muy vulgares, y que, no obstante, se aplauden frenéticamente por la culta sociedad del teatro de la grande Opera de París.

Lo repetimos, estos espectáculos no nos complacen: no es ese el arte, no es esa la manera de pintar la belleza, cuyo primer blason consiste en no divorciarse de la verdad. Se aplaudirán semejantes delirios; pero esto no es razón para que dejen de serlo: esto no supone más sino que el gusto se halla estragado, perdido, muerto, y cuando así sucede, todo se aplaude.

A la vista del éxito que alcanzan estas producciones de brocha gorda, se nos ocurre involuntariamente pensar si Horacio y Boileau estuvieron locos ó borrachos cuando escribieron reglas poéticas. Por lo demás, creemos que tales farsas á nada conducen más que á hacer, de un recreo que pudiera ser encantador, un conjunto deforme, abrumador y falso.

Ahora bien: ¿pudo Meyerbeer desplegar todos los resortes de su fecundo génio traduciendo al idioma de la música un libreto tan infeliz y destartado? No, seguramente. Aunque hubiera poseído el don de hacer milagros, no hubiera logrado formar un conjunto perfecto. Los acordes más dulces, las armonías más deliciosas, las notas más delicadas, y las combinaciones más encantadoras, pierden su efecto cuando se pronuncian en una situación violenta,



absurda é inverosímil. Mientras el oído percibe sensaciones agradables, los ojos se sienten como lastimados, y la bondad del arte consiste en ofrecer complacencias á todos los sentidos.

Aun siendo el libreto tan detestable, ha sacado de él un partido superior el colosal talento de Meyerbeer, que sin haber conseguido hacer de *La Africana* una partitura tan completa como las de Roberto y los Hugonotes, ha escrito en ella, sin embargo, compases admirables, piezas magistrales de melodía y armonía, concertantes de primer orden, donde se admiran los milagros de instrumentación que solo este maestro supo hacer, y donde el alma halla ecos vibrantes y grandilocuentes que la estremecen, que la cautivan, que la extasían, que la hacen saborear emociones vertiginosas.

En prueba de nuestros asertos, citaremos la cabatina de Inés, el coro de los obispos y el final del primer acto: la balada que canta Sélika en el segundo: el *septimino* con que concluye este acto; el dúo de Vasco y Sélika en el cuarto, y el preludio y ária final del quinto. Todas estas piezas están inspiradas en temas delicados; todas están bien meditadas y sentidas; todas son dignas de la reputación del célebre maestro.

Dos palabras para concluir: la ejecución de esta obra en el coliseo de Oriente no ha logrado complacernos: somos amantes de la verdad, y por lo mismo la queremos sin disfraces ni falsos atavíos. Los artistas del coliseo de Oriente no han interpretado *La Africana*, no la han cantado. La señora Rey-Valla, entre todos, merece particular distinción, porque se ha identificado bien con su carácter; y, salvo algunos ligeros defectos, nos ha agradado con su voz. Los demás artistas hicieron esfuerzos plausibles, pero todos ellos se han estrellado con sus pésimas facultades vocales.

Las decoraciones, los trajes, y todos los accesorios empleados para la presentación de esta obra han sido deslumbrantes, por lo que felicitamos á la empresa, deseando despliegue iguales magnificencias en la presentación de otras de mayor importancia. La orquesta, dirigida por el Sr. Bonetti, nos pareció bien.

En resumen: por el lujo con que se pone en escena *La Africana*, porque es una ópera de Meyerbeer, y porque muchos de sus trozos llevan impreso el sello de su genio, el fuego de su inspiración, la belleza de sus combinaciones, y la grandilocuen-

cia y sonoridad de sus armonías y melodías, creemos que esta ópera es digna de ser vista y oída por nuestros amables lectores.

LEANDRO A. HERRERO.

## ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

### PRIMER LADO.—BORDADOS.

**Números 1 y 2.** Cuello y puños para camisolin de señora; se bordan á plumetis y guipure.

**Números 3 y 4.** Otro juego de cuello y puños.

**Números 5 y 6.** Otro juego, bordado plumetis y aplicación.

**Número 7.** Esquina de pañuelo á plumetis.

**Número 8.** Otra esquina de pañuelo á plumetis y punto de armas.

**Números 9 al 23.** Cifras, nombres y escudos para marcar ropa blanca.

**Números 24 al 30.** Varios entredoses para bordar á plumetis sobre muselina.

**Número 31.** Dibujo soutache para bajo del vestido ó peinador.

**Número 32.** Otro dibujo soutache con cuentas de acero, para guarnecer trajes.

**Número 33.** Zapatilla de paño ó terciopelo color marrón; los contornos de las hojas serán de cordoncillo de oro, y el interior de las mismas debe ser aplicación de paño ó terciopelo de diferentes colores. Las que van señaladas con la letra A serán color encarnado fuerte; las de la letra B verde claro, y las de la letra C color azul. La cinta que va enlazándose por entre las hojas puede ser trencilla de oro ó de seda.

**Número 34.** Escudo con las iniciales F. S.; se borda á plumetis y punto de armas.

### SEGUNDO LADO.—PATRONES

Patron de un abrigo muy corto, para señorita joven; puede hacerse en paño negro ó de color. Tiene capuchon y bolsillos.

Por todo lo no firmado,

*El Secretario de la Redacción, JUAN DE MOLINA.*

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Ce de Preciados, 74, bajo.